Francia descuella el amor de lo positivo, el apego á los intereses materiales. Así se esplica por qué un trono y una dinastía desaparecen en Francia con la misma facilidad que un arquitrabe. Esto indica la suma dificultad que ha de haber para arraigar la monarquía, si algun dia se la restaura.

La república francesa, sea cual fuese el curso de los acontecimientos, amenaza con graves peligros la situacion de Europa. Si estalla la guerra civil, será poco menos que necesaria la guerra estrangera; los gobiernos de Paris buscarán un desahogo á las pasiones despertando el sentimiento de nacionalidad y arrojando sobre sus vecinos el fuego doméstico; en tal caso la revolucion seria un torrente de lava á que podria sucumbir mas de un trono. Si las cosas tomasen una direccion pacífica, si á pesar de la inquietud y las vicisitudes se estableciese en Paris, siquiera por breves años, un gobierno republicano que ejerciese sus funciones con cierta regularidad, el ejemplo de la Francia seria citado con entusiasmo por los republicanos de todos los paises, la prensa francesa esplotaria como acostumbra las ventajas de aquella forma, y con la fuerza propagandista que tienen en la actualidad todas las cosas francesas, hallaríanse espuestos los tronos de Europa al calor de una hoguera que por no abrasarlos no dejaria de acarrearles graves compromisos.

FIN.

CONDUCTA

QUE DEBE OBSERVAR EL SACERDOTE CON EL INCREDULO.

SEÑORES:

Voy á tratar de la conducta que debe observar el sacerdote con el incrédulo. Para ver mejor el terreno que vamos á examinar, coloquémonos en un punto de vista un poco elevado.

Cada periodo de las sociedades tiene sus males característicos, como las edades del individuo suelen esperimentar dolencias especiales. El género humano lleva sobre su cabeza una maldicion terrible: la espada de fuego que blandiera á las puertas del paraiso el ángel de las venganzas del Señor, despide todavía sus formidables resplandores. Volved la vista por todas partes: leed la historia, consultad la esperiencia, mirad al entendimiento, escudriñad al corazon; en todo descubrireis una herida profunda que chorrea sangre. La humanidad marcha á sus destinos; á sus destinos de la tierra, y á sus destinos del otro mundo, pero siempre por un camino de errores, de amargura y desolacion: cuando la Iglesia llama á la vida presente valle de lágrimas, anuncia una verdad reconocida por la mas alta filosofia, y espresa un sentimiento que flota en todos los corazones. Nuestros mayores se lamentaron de los males de su tiempo; los venideros se lamentarán de los del suyo. Esta consideracion es á propósito para inspirarnos templanza y paciencia. Cuando uno se cree el solo infortunado, es dificil no abatirse: cuando se imagina que la época en que vive es de todas la mas calamitosa, se apoderan del alma la tristeza y el desaliento; pero cuando la vista se estiende y abarcando un vasto conjunto de acontecimientos, no se mira lo presente aislado, sino en la inmensa serie de lo pasado y de lo futuro, las ideas se ensanchan, el pensamiento se fortalece y el corazon se dilata.

Todo esto se necesita, señores, para fijar con serenidad la vista en la llaga que corroe las entrañas de la sociedad de nuestros dias: la incredulidad. ¡Dolencia cruel! la mas cruel de cuantas afligir pueden á los míseros hijos de Adan. ¿Cuando se ha perdido la felicidad, qué nos resta si se nos quita la esperanza? Triste es decirlo; pero la verdad es que la fe ha sufrido terribles quebrantos.

Hallamos la incredulidad en los libros, la incredulidad en los hombres, incredulidad en las cosas: la respiramos con el aire; el soplo del escepticismo inficiona la atmósfera, y el espíritu necesita fortalecerse de continuo, para que no le alcance el mortífero contagio. ¡Felices los que viven bajo el manto de la religion, lejos de esa atmósfera que mata; felices los que entregados á obras buenas, y consagrados á los ejercicios de la piedad, solo respiran el aroma de la devocion, semejantes á las flores afortunadas que entre abrasados arenales encuentran una sombra protectora á las orillas de una fuente!

No siempre le es dado al sacerdote vivir en situacion tan apacible: sol de la tierra, debe acercarse á los demas hombres para precaver la corrupcion ó para remediarla; luz del mundo, debe colocarse sobre el candelabro para iluminar á los que están sentados en las tinieblas y sombras de la muerte. Lo mas tranquilo, lo mas agradable, lo mas exento de sinsabores, es sin duda el permanecer en el templo, en la blanda melancolía de las inspiraciones divinas, ó en las inefables dulzuras de los celestiales consuelos; pero ¡ah! señores, que á las puertas de la casa de Dios, velada con la nube del incienso, hay un mundo que se agita en la duda; y á mas de esos corazones que oran con tierna efusion al pié de los altares, hay otros corazones azotados por las pasiones tempestuosas, y llevados en alas de la incredulidad por senderos de perdicion. ¡Y todos son nuestro prójimo, y todas son almas redimidas con la sangre del Cordero! No las olvidemos, señores; ni nos desaliente la esterilidad de nuestro trabajo: si se puede conquistar una sola, ¿no es bastante este triunfo, para pagar los trabajos de una larga vida?

Un sacerdote en presencia de un incrédulo, es un ministro de la religion en presencia de un hombre irreligioso; un maestro de los dogmas de la fe, en presencia de un hombre sin fe: lo que para el primero es cierto, para el otro es cuando menos dudoso; lo que para el primero es sublime, para el segundo es quizás ridículo; lo que para aquel es una verdad augusta, es para este una preocupacion lastimosa. Con este parangon salta á la vista la dificultad de fijar con acierto las relaciones de los estremos. Para lograrlo, procedamos con método y sencillez.

Antes de indicar el rumbo, señalemos los escollos: estos son dos: flojedad y dureza; la flojedad, que hace al sacerdote criminal y despreciable; la dureza, que le hace aborrecible.

Tímidas confesiones de la fe combatida; espresiones ambiguas; sonrisas de vergonzosa tolerancia; un aire complaciente cuando el incrédulo se burla de la religion; á esto llamo yo flojedad que hace al sacerdote criminal á los ojos de Dios, y despreciable á los ojos de los hombres. A quien no se atreve á confesar á Jesucristo delante de los hombres, Jesucristo le desconoce delante de su Padre. ¿Y pensais por ventura que el sacerdote se grangea con semejante conducta el aprecio de los circunstantes, incluso el incrédulo? No, señores. El incrédulo conoce que se halla delante de un hombre, que ó no cree lo que dice, ó no se atreve á sostener lo que cree: en ambos casos le paga con desprecio; en el uno por impostor, en el otro por cobarde.

Una conviccion profunda espresada con serenidad y con templanza, inspira siempre respeto y ejerce sobre los demas un ascendiente poderoso. La sátira se anima cuando nota timidez, vergüenza; pero cuando sus tiros dan sobre una frente levantada y un semblante sereno, bien pronto se embotan, y el que los dispara, abandona luego su odiosa tarea. A la verdad y á la virtud, Dios les ha dado un lenguaje propio que sojuzga con su fuerza al vicio y al error: cuando el hombre tiene el valor de sus convicciones y deberes, y osa decir con serenidad: "Esta es mi conviccion, este es mi deber," no solicita tolerancia, la impone: todos los ojos se fijan en él, con tanto mas asombro, cuanto era mas duro el momento de prueba: quizás las palabras continuarán desfavorables; pero no lo dudemos, en su corazon tributan al varon recto y sincero un homenage de admiracion.

La destemplanza en el lenguaje, el desentono de la voz, la descompostura del gesto, las palabras ofensivas, las muestras de aversion personal; á esto llamo yo dureza, y esto es otro escollo peligroso. La defensa de la verdad no necesita de semejantes medios: lejos de favorecerla, pueden dañarla; el sacerdote se desconceptúa, se hace odioso; y el descrédito y la odiosidad pasan muy fácilmente del sacerdote al sacerdocio, del ministro á la religion. El incrédulo yerra, blasfema; sus palabras escandalizan, es verdad; pero ¿qué adelantamos con una irritacion desmedida? ¿Qué bien resulta de estrellarnos contra los hechos? ¿Está en nuestra mano remediar el mal que deploramos? ¿Con una exaltacion destemplada logramos que el incrédulo se haga oyente? Imitemos á Jesucristo. Se le arguye con mala fe, con intento malicioso, con arterías pérfidas; ¿y cómo contesta? con calma, con dignidad, con majestad. Su palabra es penetrante como espada de dos filos; con ella confunde á los enemigos de la verdad; pero en el maestro que enseña, se descubre siempre al médico que cura; en el juez que reprende, se ve al padre que ama. Se continúa dudando, calumniándole, él prosigue tranquilamente su camino, y apela á sus obras que dan testimonio de su doctrina.

Ni flojedad ni dureza: el valor de la fe y la dulzura de la caridad. Jesucristo nos ha trazado el sendero; él nos enseña á despreciar los respetos mundanos, cuando se trata de confesarle; pero nos ha enseñado tambien á querer á los hombres, pues que ha venido á salvar al mundo. Que una caridad mentida no nos haga olvidar nuestros deberes, y un celo falso no nos entregue á merced de la ira; ambas cosas son indignas de un sacerdote, que debe ser modelo de fortaleza y de mansedumbre. La tolerancia bien entendida, no es mas que el ejercicio de la caridad: esa virtud celestial toma

distintas formas segun el objeto á que se le aplica; pero es siempre la misma; siempre santa, siempre bella: es como la luz, que pasando por un prisma, ofrece variados colores y delicados matices.

Señalados los escollos, indiquemos el rumbo. Hay diferentes clases de incrédulos: á todos les falta la fe, pero la situacion de su espíritu es muy diversa. El veneno es el mismo: la enfermedad en su esencia es la misma tambien; los síntomas que presenta son varios.

Unos descuidan, otros niegan, otros dudan. Los primeros dicen: "¡Qué me importan;" los segundos dicen: "¿Esto es falso;" los últimosdicen: "Ignoro."

¿Qué se debe hacer con el indiferente? lo que con un hombre que marcha recto á un precipicio y con los ojos vendados. Avisarle de su peligro, aprovechando las ocasiones que la prudencia indica como oportunas. Si vacila, si se logra que se pare siquiera un momento, entonces se halla ya en el caso de los que dudan. Lo que diremos de estos, es aplicable á él. Si no escucha, si se empeña en marchar, no queda otro recurso que levantar los ojos al cielo é implorar para este insensato la divina misericordia. Los indiferentes suelen ser muy tratables: como lo que desean es olvidar la religion, cuidan de no combatirla: pegados á la tierra, no quieren mirar hácia arriba: en su interior consideran muy posible que la religion sea verdadera: temen que lo sea; y para no ver la espada pendiente sobre su cabeza, se guardan de levantar los ojos. Los gritos de su conciencia los adormecen con los placeres de la vida: para esos hombres no hay nada tan terrible como la vista de un moribundo ó el umbral de un cementerio.

Entre los incrédulos, el que niega es el mas ofensivo. Suele ser aficionado á disputas, y por lo comun al verter sus errores los emponzoña con la burla. En semejantes casos, el deber del sacerdote está marcado: si le es posible, no debe presenciar un escándalo que no le es dado impedir; y si las circunstancias no le permiten retirarse, en vez de protestas inútiles y que tal vez agravan el daño, será mejor mantenerse en actitud de un disgusto espresado con noble severidad. Esto acaba por confundir á la insolencia y por interesar en favor del sacerdote á todas las personas que siquiera no carezcan de educacion. Y si entre los circunstantes hasta la educacion faltase, ¿qué importan las burlas de un miserable? Tambien Jesucristo pasó largas horas entregado á la befa y al escarnio de una soldadesca grosera, y no por esto deja de ser la Cruz la enseña augusta ante la cual se postran millones de hombres, hace ya 18 siglos.

¿Se deberá disputar? Esta es cuestion de prudencia: si el sacerdote se siente con fuerzas para confundir á su adversario, puede y debe hacerlo, con tal que la discusion no haya de promover mayores escándalos, como por desgracia suele acontecer; pero si el sacerdote no está seguro de su capacidad é instruccion, es mejor que evite el entrar en disputas, y no dé lugar á que los incautos se es-

candalicen, atribuyendo á flaqueza de la causa lo que solo proviene de la inhabilidad de su defensor.

Para defender la religion no bastan en nuestros dias los conocimientos adquiridos en las escuelas; es necesaria una instruccion variada, y en ramos que no se comprenden en las asignaturas ordinarias. A nuestro siglo le llaman algunos siglo de luces con alguna exageracion; pero en cambio, otros le aplican este nombre á manera de sarcasmo. No estoy ni por lo uno ni por lo otro. Es necesario no haber saludado la historia de las ciencias y de las letras, para imaginarse que la época actual les lleva á las anteriores las ventajas que algunos pretenden; pero tambien es preciso no tener idea del estado actual del espíritu humano, para desconocer que, así en el buen sentido como en el malo, hay ahora un desarrollo asombroso. No es necesario, ni aun posible, que todos los sacerdotes estén á la altura de los conocimientos de la época; pero la mayor parte pueden adquirir las luces que son menester para sellar los labios de los que blasfeman lo que ignoran. En general puede darse por seguro que el sacerdote que se haya dedicado á la lectura de alguna de esas colecciones que han dado y están dando á luz editores celosos, se hallará con pocos incrédulos á quienes no pueda confundir. En materia de religion suelen los incrédulos ser muy ignorantes, y no pocas veces su incredulidad ha dimanado de su misma ignorancia.

El incrédulo que duda, no ofende tanto como el que niega: no cree, es cierto; pero al menos no adolece de la petulancia del otro: no se atreve á decir: "No es verdad," dice: "No sé si es verdad." Es mas bien escéptico que incrédulo.

A esta clase de hombres es preciso tratarlos con benignidad: son enfermos contagiados de la enfermedad de la época, y es necesario tratarlos como tales. La mala educacion, el ejemplo de una persona respetada, quizás las lecciones de un profesor, una lectura impía, la ignorancia de los fundamentos de la religion, son las causas que producen esta funesta dolencia, y que en nuestro siglo obran con mas eficacia de lo que hicieran en los anteriores. Lo repito, es preciso tratar á esos hombres con benignidad, porque son dignos de compasion, y porque en el mero hecho de no negar, de limitarse á dudar, ya no se manifiestan obstinados en su error y no cierran la puerta á la esperanza.

Yo no estraño, señores, que la primera vez que un sacerdote se encuentra con un incrédulo, se indigne y no conciba cómo puede parecerle á este dudosa la verdad, que él estaria pronto á sellar con su sangre; pero cuando se ha reflexionado sobre las muchas causas que pueden hacer naufragar la fe en esta época desventurada, se siente uno inclinado á la compasion, y lejos de engreirse por haberla conservado, el corazon se inclina á la humildad y á la accion de gracias.

Hubo un tiempo, señores, en que la sociedad, y muy particular-

mente la española, dormia tranquila bajo las alas de la religion, que la resguardaba de la incredulidad y del escepticismo. Habia mas ó menos frialdad en las prácticas religiosas, mas ó menos fidelidad en el cumplimiento de los deberes, mas ó menos corrupcion en las costumbres; pero en todas partes habia fe: la incredulidad era una escepcion monstruosa; el hombre que la profesaba, era una planta deforme y emponzoñada en medio de un jardin de bellas flores y preciosos aromas. Entonces, el incrédulo era menos digno de compasion: su incredulidad revelaba un orgullo sin límites, un corazon avieso: él, enteramente solo, se atrevia á luchar con la creencia universal; él solo se atrevia á decir: "Yo soy el único que veo; los demas están ciegos." Pero ahora las cosas han cambiado: el escéptico no se encuentra solo: se halla el escepticismo en los libros, en el trato, en la enseñanza, en todas partes; es un aire que respira, y del cual á veces es preciso resguardarse conteniendo la respiracion. Ya no se le ofrece como un esceso de orgullo, ni como el último grado de la depravacion; lo considera una opinion como tantas otras, y no le parece tan horrible el camino por donde se dirige una muchedumbre de todas clases.

¡Cuántas veces la incredulidad habrá resultado de una simple lectura, y el jóven que se habrá sentado fiel! se habrá levantado incrédulo. Una reflexion con aire de profunda; la espresion de un sentimiento sublime; una observacion delicada, una dificultad especiosa habrán bastado quizás para quebrantar el frágil vaso donde se conservaba el tesoro de la fe. Porque tomaba el libro, se dirá: Suya es la culpa, es verdad, y de esto es culpable á los ojos de Dios; pero reflexionemos que aquel libro lo ha visto quizá en el despacho de sus padres ó maestros; que lo ha encontrado en todos los gabinetes de lectura, que se le ha brindado con él en las tiendas; que no se le ha dicho que fuera contrario á la religion, y que el veneno se ocultaba bajo una relacion de aventuras novelescas, ó bajo el manto de doctrinas humanitarias. Debió dejar el libro tan pronto como descubrió que era malo y que esperimentó la funesta impresion que le estaba produciendo: todo esto es verdad; mas para no ser demasiado severos, para acoger con dulzura al desventurado que ha tenido semejante desgracia, consideremos la volubilidad de los pensamientos del hombre, la instabilidad de sus sentimientos, la facilidad con que nos hacemos ilusion sobre nuestras fuerzas para resistir á las tentaciones, y aquel funesto adormecimiento con que vivimos en presencia de los mayores riesgos, con tal que solo se refieran al espíritu. Si esto sucede á los provectos y esperimentados, ¿qué no podrá suceder á la juventud é inesperiencia? Y sobre todo, señores, ¿quién sabe lo que hubiéramos hecho nosotros en iguales circunstancias? ¿quién sabe si tambien habriamos sucumbido? Este pensamiento es terrible; en vez de decir orgullosamente como el fariseo: "No soy como uno de estos," atribuyamos mas bien á la divina misericor-

dia el que no háyamos perecido: "misericordia Domini quia non sumus consumpti."

Y aquí, señores, no quiero omitir una observacion que me ha ocurrido repetidas veces: cada dia me convenzo mas y mas de la profunda sabiduría con que procede la Iglesia al prohibir la lectura de ciertos libros. No hay peligro igual á este en lo relativo á la pérdida de la fe. Al comenzar una mala lectura se aborrecen quizás, ó se desprecian las malas doctrinas que ella contiene; pero bien pronto puede cambiarse la disposicion del ánimo, y acabar por asentir á lo que antes se leia con aversion. El autor que ha dicho las cosas del mejor modo que sabia, que tal vez ha calculado friamente el efecto de ciertas palabras, que ha consumido largo tiempo en busca de las frases mas á propósito para seducir, que por lo comun tiene mas instruccion y talento que el cándido lector, adquiere luego sobre este un ascendiente poderoso, y le lleva sin que él lo conozca, por un camino de perdicion. Lo que primero es una dificultad especiosa, se convierte en una razon concluyente; lo que era un sentimentalismo exagerado, ó una peligrosa condescendencia al capricho de las pasiones, se trueca en sentimientos dulces y apacibles, que revelan un profundo amor de la humanidad. Entre tanto la mente se va oscureciendo, se aflojan los lazos con que la Religion señoreaba el espíritu; el orgullo impulsa, las otras pasiones se levantan; y el precioso aroma de la fe se disipa al ardor del violento fuego á que se le ha sometido con culpable imprudencia.

Esto puede muy bien suceder á un hombre adulto, sério, instruido; ¿y qué no podrá suceder á un jóven de pocos años, que no se ha preparado con ninguna clase de estudios, que tiene el corazon cándido y las pasiones encendidas?

Estas consideraciones inspiran naturalmente compasion hácia él, y hacen que se trate á esos desgraciados con bondadosa tolerancia. Por tolerancia, señores, entiendo la caridad: el sacerdote caritativo es un sacerdote tolerante. Ya sé que á esto contribuyen el hábito de sufrir contradicciones, así con variadas lecturas, como en el mundo; pero su principio es la caridad: y si esta no preside, se corre el peligro de que la tolerancia se convierta en una flojedad culpable. ¿Qué se quiere en un hombre tolerante? ¿Paciencia, benignidad, &c.? Todo esto lo tiene la caridad; el apóstol lo ha dicho: "la caridad es paciente, benigna, &c. &c."

Los escépticos son culpables por su apostasía; pero tambien son dignos de lástima. En el profundo tedio que los devora, en la agitacion que los turba, se les oye decir á veces, con el acento del dolor: "Yo quisiera creer, pero no puedo." La Providencia, que antes de la caida les habrá inspirado pensamientos que ellos despreciaron, ha retirado su mano; el Espíritu Santo á quien han resistido, los deja entregados al espíritu del mal, para que sufran el castigo de su resistencia; pero nosotros acatando profundamente los justos decretos del Señor, y humillándonos ante el terrible espectáculo del

nuevo ángel caido, debemos esforzarnos para sacarle de su fatal estado y no abandonarle sin esperanza á su desgraciada suerte.

¿Qué se debe hacer con ellos? helo aquí. Si hay relaciones de amistad ó de otra clase, no romperlas, con tal que sean compatibles con la conciencia y dignidad del sacerdote. Esto proporciona ocasiones de edificarlos con el ejemplo y de sembrar de vez en cuando algunas reflexiones que despierten su conciencia, renovando la memoria de la fe que un dia profesaron.

No conviene mostrarse disputador voluntario con ellos: esto tiene el inconveniente de adelantarlos si triunfan por su talento ó instruccion, ó de herir su amor propio si sucumben. Tampoco es bueno afanarse por hablarles de religion: es necesario guardarse de juzgar del corazon ageno por el propio; lo que un sacerdote celoso mira como una conversacion muy grata y oportuna, el incrédulo lo considerará como molestia intolerable.

Uno de los momentos mas á propósito para renovar la memoria de la religion, son los del infortunio. La muerte de una persona querida, ú otra desgracia de aquellas que dejan en el corazon una huella profunda, disponen el espíritu á pensamientos graves, y dan á los sentimientos una direccion religiosa. La alegría es frívola, y es muy dificil hacer entrar en razon á quien á todo contesta con la sonrisa en los labios; pero cuando el hombre llora, la esperanza de otra vida es para él un gran consuelo, y entonces se puede dar á la conversacion un giro grave, sentimental, que suave y naturalmente vaya á parar á los pensamientos religiosos.

Otro de los remedios que no deben olvidarse en semejantes casos, es la lectura de buenos libros. En vuestra discrecion conocereis fácilmente que al hablar de libros buenos no entiendo aquí libros devotos. Estos suponen la fe, y se trata de quien no la tiene.

En la eleccion de estos libros es necesario mucho tino. Si el incrédulo es hombre de mucho saber, la lectura ha de ser mas fuerte; si es superficial, debe ser mas ligera. Si es hombre dado á estudios filosóficos, la lectura debe ser de filosofía religiosa; si es aficionado á estudios históricos, de historia apologética. Es necesario interesar su curiosidad en abrir siquiera alguna de tantas obras de hombre de genio, que los hay en abundancia entre los escritores católicos. Si se puede interesarles por uno de ellos, ya se tiene mucho adelantado. Ya he dicho que los incrédulos, aun los mas entendidos, suelen ser muy ignorantes en materia de religion; son hombres que si aprendieron el catolicismo, le han olvidado, y que despues han leido las impugnaciones de la religion, mas no las apologías. Han oido una sola parte y se han creido autorizados para fallar.

De aquí es que sus dificultades suelen ser frívolas, dirigidas contra un objeto aislado, y siempre las mismas. Se colocan en un punto de vista equivocado y no aciertan á salir de él.

Uno de los cuidados que mas deben tenerse presentes, es quitar-

les esos puntos de vista mezquinos, es dar á sus pensamientos alguna elevacion, y acostumbrarlos á mirar las cosas en su conjunto. El edificio de la religion, como todo lo grande, no se ve bien cuando se le examina en detalle. Aquí parece que hay una deformidad, allá una irregularidad incomprensible; aquí un cimiento mal seguro, allá una bóveda que se aplana y amenaza ruina. ¿Quereis que se comprenda la belleza de la aparente deformidad, y la regularidad admirable que se oculta bajo la chocante irregularidad? haced que el observador se ocupe algo menos de los pormenores y atienda algo mas al conjunto; que entre, por decirlo así, en los designios del arquitecto, y verá como todo tiene un fin, como todo es susceptible de una esplicacion justa y razonable.

La religion gana en ser conocida, y muchos de los que la blasfeman, la ignoran. ¿Qué argumentos os objeta ese hombre que tan mal avenido está con la religion? ¿Abarca la totalidad de los dogmas ó de la moral, y los combate á todos combatiendo su base? Nada de eso: quizás se fija en un hecho escandaloso que ha leido en la historia, ó en una observacion aislada contra el infierno; tal vez no comprende cómo el hombre libre debe sujetarse á la autoridad de otros, ó no acierta á esplicarse por qué Dios no ha enviado ángeles del cielo para convertir á todos los infieles. Lo repito, señores, ignorancia, mucha ignorancia hay en la incredulidad; y no se tiene poco adelantado para curarla, cuando se ha conseguido que sean leidos los apologistas de la religion. Antes de que sea condenada esta hija del cielo, deseamos que sea oida. ¿Puede pedirse menos? Nosotros no cubrimos nuestros dogmas con geroglíficos indescifrables no ocultamos nuestros libros en profundos subterráneos. La palabra de que somos ministros no la vertemos en reuniones misteriosas: todo lo hacemos á la luz del dia. Nuestros libros andan en manos de todos; nuestras doctrinas las saben todos; nuestras palabras las oyen todos. A todos están abiertos los templos; todos pueden ser testigos de nuestras ceremonias; todo se hace á la luz del dia; á todos decimos: acercaos, ved y examinad.

Al tratar, señores, con un mundo distraido, al encontrarnos con tanto incrédulo, al ver el diluvio de libros irreligiosos que amenaza inundarnos, á veces se apodera del alma la tristeza, y como que se desliza en el corazon la timidez y el desaliento. ¿Cómo se detiene el torrente? ¿Quién pondrá un dique á semejante desbordamiento? Ah! señores, esos pensamientos son débiles, y permítaseme decirlo, indican fe poco viva. ¿Se hallaba en estado lisonjero el mundo cuando la aparicion del cristianismo? ¿Eran agradables las circunstancias cuando el orbe gemia asombrándose de verse arriano? ¿Lo eran cuando los bárbaros arrasaban las ciudades, cuando la ignorancia cubria como una niebla la faz del mundo, cuando los albigenses provocaban guerras sangrientas, cuando Lutero arrebataba á la Iglesia tantos reinos florecientes, cuando las armas de la revolucion francesa ocupaban la capital del mundo cristiano y tenian preso al